

Los principios de “Lucanor”

José Luis GONZÁLEZ*



“De lo que me acuerdo”, podría haber añadido debajo del encabezamiento de estos folios que me solicitó Jesús Arana. Me dejaron pensativo unas consideraciones de Núria Amat en *El libro mudo* referidas a las revistas literarias aparecidas en la segunda mitad del siglo XX. Parece que se desmoronaron los primeros y modélicos objetivos de “anticipar, acompañar y expresar los movimientos de creación y crítica”, hasta reducirse, en este tiempo nuestro de consumismo y “profesionalización”, a “preocupaciones menos idealistas”, a propósitos de divulgación o de reseñismo o de acopiar “una antología deshilvanada de textos y poemas”, por ejemplo. Personalmente, quiero creer que las revistas literarias, culturales, suelen nacer arropadas y atadas por los vínculos y los lazos de la amistad. O por lo menos eso creo que pasaba hace unos años. Para mí, referirme a los inicios

71

de la revista *Lucanor* significa saber qué amigos he tenido y tengo. Y pretendo contarlo —como me piden— desde el rincón de mi recuerdo y la perspectiva de mi memoria. Si me limitara a repasar los números publicados y consignar los índices, seguro que caería en una actitud equivocada en mi caso. Me sentiría como ese alguien, ajeno a una familia, a quien al mostrarle unas fotos solo advirtiera instantáneas inmóviles, donde atinase a ver y hasta precisar el evidente número de personas que salen allí encerradas y habitualmente sonrientes en el marco, y se limitara a esbozar una descripción, pero no alcanzara a entender ni los otros fondos del paisaje, ni la significación de los detalles, ni quién sacó la foto y no aparece en el papel, ni el porqué del vestuario, ni qué ocurrió de verdad antes de pulsar el botón ni qué siguió ocurriendo después, hasta la siguiente foto del carrito. Sería, Dios me perdone, como anotar los nombres y fechas de las lápidas de los cementerios y prescindir de las vidas que tapan las letras de las tumbas. Yo me siento incapaz de considerar las revistas o los diarios como cosas, enseres, artículos que yacen en las hemerotecas. La herencia del positivismo, con tantos triunfos decimonónicos, con

* Director de *Lucanor*

tantas utilidades, puede contentarse con quedarse en lo fenomenológico y no penetra su mirada —como nos enseñó don Ángel-Raimundo, nuestro profesor— en la unamuniana intrahistoria de los hechos, en las entretelas de lo que sucedió. Aquí destapo, ya digo, el frasquito de recuerdos. Aunque dudo que tenga interés para muchos. Tendrán que ser otros quienes midan el alcance y la importancia de *Lucanor*, su incidencia en la trayectoria y la crónica del cuento.

La ocurrencia

Manolo Tovar, un hombre emprendedor y activo, se había aventurado a montar un negocio de servicios editoriales, Tesis. Vi, por casualidad, un ejemplar de unas actas de un congreso universitario que Manolo había editado. Era el mediodía del 14 de agosto de 1986. Hojeando aquella elegante publicación, se me metió en la voluntad intentar hacer algo que tratara sobre el cuento como género literario. Abrí una libreta y anoté, para retener aquel germen de proyecto, el posible nombre de lo que podría convertirse en una revista —*Lucanor*— y las partes que podrían coleccionar sus páginas: creación y artículos de investigación especializada en narrativa breve. La idea parecía arriesgada, porque no existía, que yo supiera, ninguna publicación periódica entrada en la narrativa breve. Los parámetros de la lógica ya me sugerían que a uno solo le resulta prácticamente imposible acometer una tarea así. Necesitaba ayuda. Mucha. La misma lógica me sugirió recurrir a los amigos. Plasmar un diseño en tamaño de libro, empezar a pedir colaboraciones, confiar en una imprenta, soñar con la distribución, con las suscripciones, atender el correo, las peticiones, los envíos de originales y un enredado, complicado, inacabado etcétera. Y faltaba algo para lo que no estoy dotado: buscar, y hallar, financiación. Un cuarto de millón de pesetas presupuestado. Tesis. Casi dos años, entre una cosa y otra, iban a irse hasta la aparición del primero de los números, “el amarillo”, el de mayo de 1988.

72

Los primeros pasos

José Luis Martín Nogales nos había dado alguna clase en la *Uni*. Su tesis estudiaba los cuentos de Ignacio Aldecoa, seguía las novedades editoriales, como crítico del Diario de Navarra, era persona cabal, ordenada, laboriosa. Ocupada. A él le comenté el proyecto. Fuimos meditando el asunto y concretando. Javier Erro, amigo desde los años del colegio, periodista en aquel entonces dedicado a tareas de información institucional y a decenas de asuntos por las tardes y las noches, marcó las primeras pistas. Era imprescindible tener una maqueta para enseñar de puerta en puerta. Otro amigo, Íñigo Noriega —y otro más: el valenciano José Luis Lloret—, creo que un talento destacado para el diseño gráfico, se pegó el trabajazo de diseñar la cubierta y el interior limitándose a los medios como que en aquellos años, el tiempo vuela con alas enormes, contábamos: aquellos “cabezones” Macintosh Classic y las láminas de Letraset. Lo que nos hizo Íñigo fue una maravilla, aunque por las cortapisas de nuestro sistema no pudimos incorporar todas sus sugerencias.

rencias. Mientras tanto, posiblemente, José Luis y yo, apuntando altísimo, por sugerencia de Javier, invitamos a integrar el Consejo Editorial que respaldaría la revista con su prestigio y su confianza a profesores y especialistas en el género cuento, que habíamos estudiado y que admirábamos, algunos de ellos cuentistas de destacado papel. Acogieron muy bien la idea. Declinaron quizá uno o dos, con amables y razonables excusas. Me quedé admirado, por ejemplo, de la elegancia y humildad del Profesor Lázaro Carreter, y releí no sé cuántas veces la respuesta del Profesor Sobejano cuando en su carta comentaba las resonancias que encontraba en el nombre de la revista por apuntar con ese personaje, Lucanor, al receptor de los cuentos. Pero faltaba llenar el número, las dos secciones —estaba firmemente decidido que la revista se abriría con cuentos inéditos de autores con al menos un libro de narrativa breve publicado, y además la iba a estrenar Medardo Fraile—, y costaba localizar buenos artículos de investigación. Trazamos, me parece, una especie de esquema. Teoría sobre el cuento, historia del género, investigación sobre algún cuentista, la crónica de algún premio de trascendencia y valor... Nos repartimos las tareas. José Luis Martín consiguió los cuentos del periodista de El Correo Iñaki Ezquerro, de la colombiana —para mí desconocida: descartamos un relato suyo titulado “Comerciales”— Fanny Buitrago y de Paloma Díaz-Mas, profesora de la UPV. Yo me ocupé de escribir a Escocia a Medardo Fraile —sobre cuya cuentística servidor redactaba supuestamente una tesis doctoral—, que nos mandó, generoso como es, tres cuentos muy muy buenos, en especial el que arrancó la aventura de *Lucanor*, “Ojos, lenguas, espejos” y a la vallisoletana Elena Santiago, de quien acaba de leer *Relato con lluvia y otros cuentos*. A José Luis le llegó un trabajo de una profesora de una universidad canadiense, Catharina V. de Vallejo. A mí me tocó escribirle al poeta y editor Enrique Badosa, uno de los fundadores del premio Leopoldo Alas para Libros de Cuentos, para pedirle unos folios sobre la trayectoria del concurso, y Enrique, todo un caballero, me comunicó que la persona indicada era Esteban Padrós de Palacios. Con Esteban, dentista y cuentista, inicié una amistad de la que he aprendido y disfrutado muchísimo. Iba a ser uno de sus libros el que se prestase a otra chaladura editorial con cuentos, Hierbaola. Pedí en el antiguo 003 el teléfono del profesor de la Universidad de Granada Juan Paredes Núñez, experto en la narrativa breve de Pardo Bazán, marqué su número y aceptó a enviarnos un artículo. A José Luis Martín Nogales le convencí —creo que ese es el verbo: estaba enfrascado, además de sus clases en el INBAD y en la UNED y sus otras ocupaciones, en la redacción de un libro sobre narrativa navarra que contaba con una beca institucional de aquí— para que incluyese en el primer número algo sobre los cuentos de Pablo Antoñana. Tomás Yerro había publicado un artículo excelente en Pasajes sobre la narrativa y la figura de Pablo. Quizá me desobedece la memoria. Y como parecía de interés incorporar algún trabajo sobre el cuento en publicaciones periódicas, con el material que había acarreado para lo de la tesis, engendré unos comentarios sobre el cuento en la revista *Ágora*, que cerraba el número. Teníamos bastantes folios. Redactamos la presentación de la revista, la exposición de motivos: “La revista *Lucanor* nace con la voluntad de servir de cauce para la publicación de textos relacionados con el cuento literario hispánico, uno de los géneros más cultivados por los escritores y que, sin embargo, no ha encontrado siempre la valo-

ración ni la acogida apropiadas. En *Lucanor* aparecerán, con una periodicidad semestral trabajos dedicados específicamente al cuento literario, en las dos secciones de la revista «Creaciones» e «Investigación». Gracias a las buenas artes de José Luis Martín conseguimos financiación. José María Romera, que dirigía la Institución Príncipe de Viana, no animó a que la idea tomara cuerpo.

Cuerpos y almas

En estos años ha variado notablemente el mundo de la edición. Los adictos al Macintosh y al QuarkXPress lo pueden asegurar. A mediados de los ochenta nos servíamos, ya lo he dicho, de aquellos mazacotes Classics y de las primeras impresoras láser. Nos parecían un prodigio. La maquetación, la composición de las páginas, fue enteramente artesanal. El artífice, Javier Erro (después disfrazaríamos su nombre bajo dos anagramas femeninos, Elisa y Elvira), bastantes tardes, después de su trabajo oficial, recortaba con tijeras las galeradas y pegaba minucioso en folios DIN A4 cada una de las páginas de *Lucanor*. El pegamento de barra era desesperante. Tuvimos que agenciarnos uno en aerosol, más profesional, una tira de fijar filetes, engañar los párrafos para evitar líneas viudas y huérfanas y parentelas tristes del diseño y la maquetación. A pesar de que habíamos seguido las pruebas con atendedor, turnándonos, aún se escapó alguna errata y tuvimos que corregir el estilo de algún párrafo en un artículo. Pero lo que mejor hacíamos era hablar en aquel piso que Javier tenía alquilado en Lo Viejo, una especie de oficina para muchas cosas. Y tomamos cervezas y minis y fumábamos sin ningún miedo y apenas sin advertencias y leíamos y hablábamos y quedábamos con nuestras respectivas y la cosa iba con alguna calma. Patxi Tiberio, barba rabínica inconfundible, José Luis Lloret y otras visitas de amigos contribuían algunas tardes que acababan aunque no sea serio reconocerlo aquí hoy, en los bares y en los libros. La edad. Insisto la minuciosidad llevaba su tiempo. Ciento cuarenta páginas a mano se las traen. *Lucanor* tomó cuerpo —Times Roman 12— y se fue a las planchas de la imprenta a repetirse en una cifra humilde de ejemplares: quinientos. ¿Dónde se había metido el alma?

74

El eco del primer número

Javier Erro nos sugirió una determinada fecha y una hora en que sus compañeros periodistas no se sintieran tan agobiados de convocatorias informativas y presentamos a la prensa en El Parnasillo, la librería que por sugerencia de José Luis Martín elegimos por creer que en ella se representaba de alguna manera el gremio de libreros de Pamplona. Acudieron muchos medios. Parecía mentira que una tirada de quinientos ejemplares hubiera provocado aquella atención. Se engarzó el interés de los medios de comunicación durante unos cuantos días. Nuestro entusiasmo había crecido y tenía los pies en el suelo. El alma no se lo creía. Pero allí estaba la realidad tangible y había que seguir con la aventura y sus posibilidades. Pronto nos vimos mandando ejemplares a las librerías punteras del país, metiéndolos en sobres, yendo a correos, recortando reseñas de periód-

dicos, atendiendo llamadas, qué sé yo... labores casi administrativas, un tanto extrañas para quienes se dedican a la docencia. Al poco tiempo llegó una carta de Antonio Pereira. Leí algo más suyo y me entusiasmo. Le propuse una labor que había quedado pendiente en el primer número y que podría facilitar el estudio a futuros investigadores: recopilar el repertorio de sus cuentos y pedirle que escribiera sobre su experiencia como cuentista y su poética del cuento, además de algún inédito. Se prestó. José Luis Martín le solicitó a Santos Alonso un estudio sobre la obra de Pereira. Engarzamos así la parte de creación con la de investigación. La idea se continuó en algunos otros números.

Los demás

Los demás números vinieron. Con más facilidad. José Luis Martín Nogales se entregó a la revista. Trabajó muchísimo. Se consolidó de alguna manera, a través de un convenio con la Institución Príncipe de Viana, la financiación de la revista, cambiamos de imprenta — "Lucas", Luis Garbayo, José Mari, LENTE—, se mejoró la impresión, se modificó el diseño, José Luis contrató una buena distribución, fueron aumentando las suscripciones, especialmente de centros académicos y de especialistas, nos enteramos —porque alguien nos lo dijo— de que en México y en alguna otra república de Latinoamérica existían afortunadamente iniciativas similares, cuentos publicados en *Lucanor* pasaron a formar parte de los libros de los autores, los artículos se citaban, se ponderaba la labor de la revista en la vindicación e impulso del género, la nómina de cuentistas crecía, José Luis editó un número decisivo —el 6—, luego empezamos a encargarnos cada uno de una entrega, y la historia se dividió por otros caminos, etcétera, etcétera. Ya he comentado al principio que los juicios corresponden más bien a otras personas, a los demás. Aquí, esta tarde de domingo en mi casa, me he limitado a una parte pequeña, incompleta, de lo que me había sugerido la gente que hace TK. No he hecho más que enlazar algún recuerdo —grato recuerdo— y acordarme de los amigos que había y los que han ido viniendo después. Eso pasa por desabotonarse el corazón.